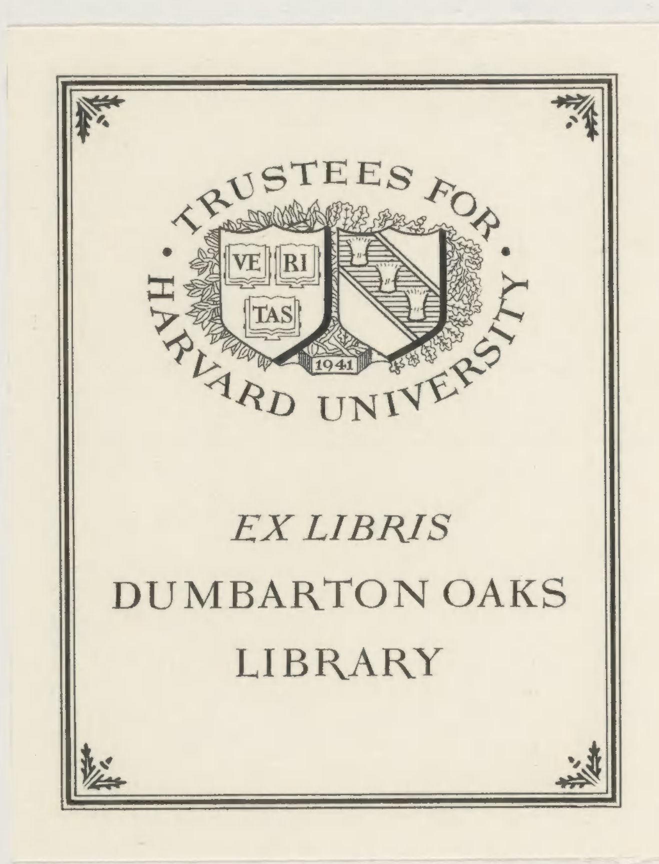
ALFARO

ANTIGUEDADES

de

COSTA RICA



MINISTERIO DE FOMENTO

ANTIGÜEDADES

DE

COSTA RICA

POR

ANASTASIO ALFARO



TIPOGRAFÍA NACIONAL
SAN JOSÉ
1894



ARQUEOLOGIA COSTARRICENSE

San José, Octubre de 1894.

Señor don Miguel Obregón L.

Inspector General de Enseñanza.

Alentado por su generosa instancia para que colabore en la interesante revista titulada "Boletín de las Escuelas Primarias," me he propuesto escribir algunos artículos sobre nuestras antigüedades arqueológicas, los cuales pongo desde luego á la disposición de usted. La recopilación de datos referentes á la historia precolombina no creo que sea el tema más á propósito para llenar columnas en una revista dedicada á la instrucción primaria; pero éste será motivo de propaganda en favor de la preservación de antigüedades, y nadie mejor que el maestro puede inculcar en el corazón del pueblo que se levanta las ideas protectoras de las reliquias y demás artefactos sepultados en los cementerios de los primitivos pobladores de este pedazo de tierra que nosotros llamamos patria.

Según Oviedo, los indios "tenían libros de pergaminos que hacían de los cueros de venados, tan anchos como una mano ó más, é tan luengos como diez ó doce pasos, é más é menos, que se encogían é doblaban é resumían en el tamaño é grandeza de una mano por sus dobleces uno contra otro (á manera de reclamo); y en aquestos tenían pintados sus caracteres ó figuras de tinta roja ó negra, de tal manera que, aunque no eran lectura ni escritura, significaban é se entendían por ellas todo lo que querían muy claramente; y en estos tales libros tenían pintados sus términos y heredamientos, é lo que más les parecía que debía estar figurado, así como los caminos, los ríos, los montes é boscajes, etc." Pero esos libros semejantes á los códices mexicanos han desaparecido y debemos concretarnos á estudiar los objetos que poseemos y darlos á conocer, sin aventurar opiniones de probabilidad dudosa. Algo se ha hecho en ese sentido, pero queda aún mucho material inédito. Mi posición honrosa en el Museo Nacional y las visitas á las últimas exposiciones de Madrid y de Chicago me facilitan el trabajo emprendido; tan sólo desconfío de mis conocimientos, por considerarlos muy limitados; mas abrigo la esperanza de que plumas competentemente autorizadas llenarán los vacíos y corregirán los defectos.

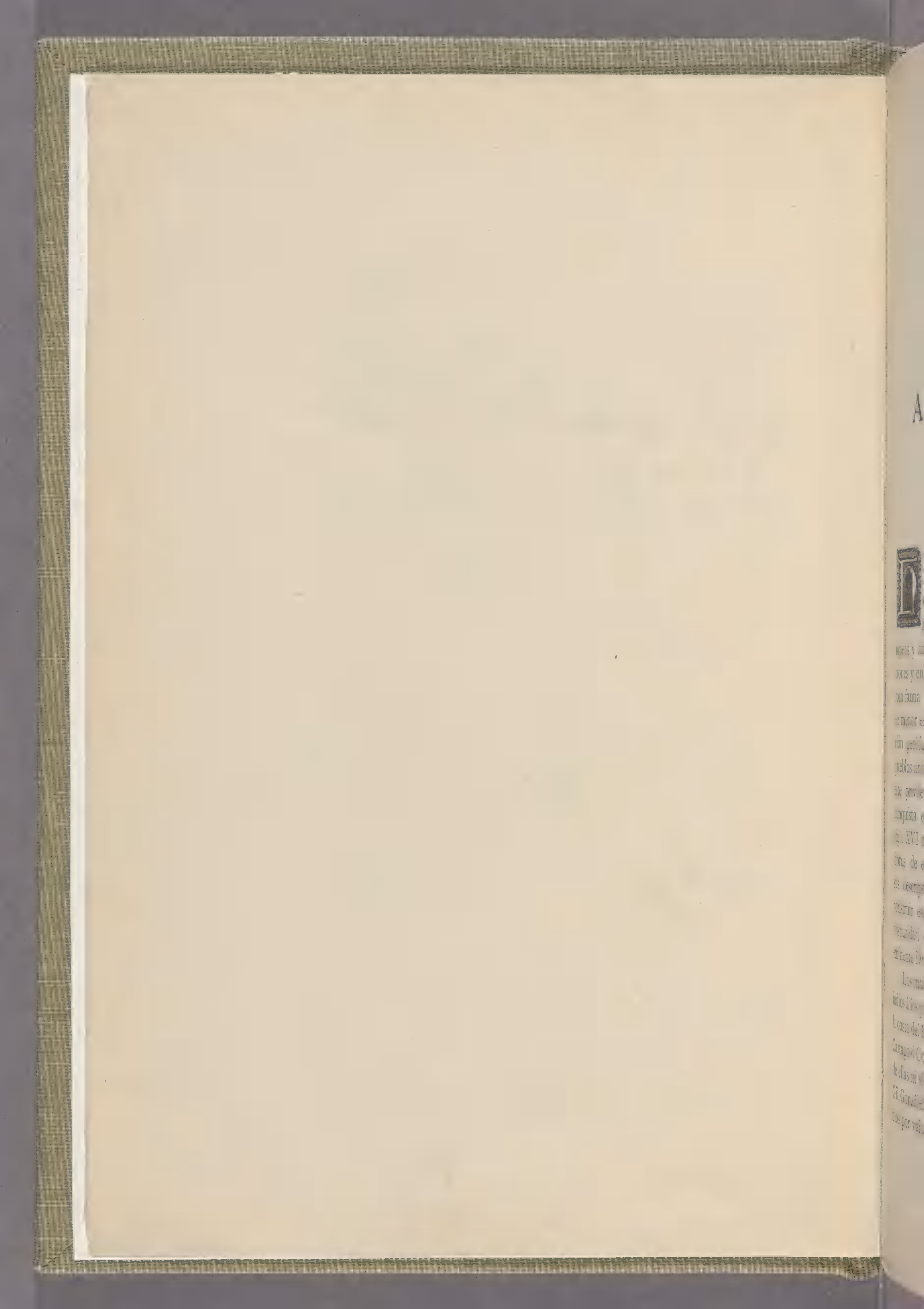
Por más que la belleza artística de muchos artefactos de los indios y la riqueza exagerada que á veces se les atribuye nos hagan admirar el grado de civilización alcanzado por los antiguos habitantes del Continente Americano, considero ingrato el proceder de presentar á los conquistadores españoles tan sólo como elemento destructor de una civilización digna de mejor suerte, cuando por el contrario, los súbditos

de una nación en cuyos dominios jamás se ponía el Sol no rehusaron mezclar su sangre con la de nuestros indios, legándonos su religión, su lengua y sus costumbres. El maestro que puede modelar á voluntad los sentimientos de sus educandos debe enseñarles á respetar y querer á nuestros progenitores, ora ostenten el pendón de Castilla ó el escudo de plumas del indio de la montaña.

Si estas investigaciones arqueológicas fueren consideradas como de alguna utilidad, esa será la mejor recompensa á que aspira su afectísimo amigo.

A. Alfaro.





Arqueología Costarricense

I

Había sido considerada la República de Costa Rica, hasta en los últimos años, como un país desprovisto de antigüedades indígenas, y solamente así se explica que varios exploradores europeos y americanos hayan recorrido el país en todas direcciones y en diversas épocas, describiendo siempre su numerosa fauna y exuberante vegetación, ocupándose, aunque en menor escala, de sus múltiples volcanes y rica conformación geológica, sin consagrar sino vagos recuerdos á los pueblos antiguos que en agrupaciones numerosas ocupaban este privilegiado suelo, antes y durante el período de la conquista española. Bien es cierto que los cronistas del siglo XVI nos dan detalles preciosos relativos á los pobladores de esta garganta del continente americano; pero sus descripciones no son completas, ni bastantes para reconstruir esa historia, al parecer borrada y perdida en la obscuridad de los tiempos, como muy bien lo ha dicho el eminente Dr. Bastián.

Los muchos miles de figuras de oro presentadas por los indios á los primeros expedicionarios europeos que recorrieron la costa del Pacífico, en toda la extensión de la provincia de Cartago ó Costa Rica, pasaron á fundirse, sin que se conserve de ellas ni siquiera dibujos ordinarios. En la expedición de Gil González, por ejemplo, se recogió oro en nuestros pueblos por valor de 40.000 pesos de entonces; el cacique de



41. Vaso primorosamente dibujado, con varios colores y que mide 26 centímetros de alto por 95 milímetros de diámetro en la boca. Cerámica de los indios güetares. Faldas del volcán Irazú.—"Colección Arellano."

Nicoya solamente dió 13.442 pesos, además de "seis ídolos de oro de la grandura de un palmo." En la costa del Atlántico el oro era igualmente abundante entre los indios: un capitán español, de apellido Muñoz, recogió tantos idolillos en el valle inmediato á la boca del río Estrella, que pudo llenar dos cajas de las que traían entonces de España con clavazón; las sepultó en la raíz de un seiba, con la intención de recogerlas cuando hubiese colectado mayor cantidad; pero, desgraciadamente, al tratar de ascender por la margen del río con sus soldados, se vió acometido por los indios y perseguido hasta la costa, sin que le dieran tiempo de sacar su tesoro. Las vasijas de barro, primorosamente dibujadas, que usaban los pobladores de la isla de Chira, se consideraban hasta hace poco suprimidas para siempre de los anales de las manufacturas humanas, y se creía que sus contornos, dibujos y colores no volverían á excitar la curiosidad de los hombres blancos. Mas las investigaciones arqueológicas se han iniciado con provecho en los últimos tiempos, y las joyas de oro reaparecen, la cerámica se reconstruye con toda su abundancia y variedad primitivas, y los utensilios é ídolos de piedra atraen de nuevo las miradas de los europeos y americanos. En la Exposición Histórico-Americana de Madrid se exhibieron numerosas y variadas colecciones, como prueba de que los objetos en que se basa la historia precolombina no han desaparecido en absoluto; y llegará una época en que la arqueología y la lingüística, unidas en estrecho abrazo, nos marquen con certeza absoluta sobre el mapa de Costa Rica las huellas de los diversos pueblos americanos que pasaron por este puente gigantesco de las dos Américas.

Las investigaciones practicadas hasta ahora en el país no han enriquecido aún á la ciencia con el descubrimiento de ruinas antiguas, y las crónicas de los conquistadores tan sólo citan construcciones ligeras de palma, semejantes á la casa de recreo del cacique de Suerre, que en 1544 dibujó el expedicionario italiano Jerónimo Benzoni, sentado probablemente en la raíz de un árbol, ó sobre alguna piedra, á orillas del río Suerre, hoy llamado Pacuare. El Dr. S. Habel encontró en la meseta central, hace pocos años, algunos restos de edificios antiguos en las inmediaciones de Santa María de Dota; pero, citando sus palabras: "Lo que quedaba entonces eran los muros exteriores de un edificio circular de setenta y ocho pies de diámetro, que sobresalían dos pies y medio de la superficie del suelo; el espacio interior estaba lleno de tierra . . . " Un amigo nuestro, Mr. Garvis, que también visitó aquella localidad hace pocos meses, nos aseguró haber visto en las cercanías de la pequeña población de Buenos Aires la base de un edificio cuadrado, que conserva aún una gradería en el centro de cada lado, é igualmente lleno de tierra el espacio interior. Pero esas bases de construcciones antiguas están hechas con piedras de río, sin argamasa que las sujete, y desprovistas en sí de relieves ó adornos, por lo cual no presentan indicio alguno para creer que sobre ellas se levantaron edificios de paredes consistentes, como los encontrados en Nicaragua, Guatemala y México. Sin embargo, ésta no es razón suficiente para asegurar que Costa Rica no posea, bajo las capas de humus vegetal, algunos restos de construcciones pertenecientes á los pueblos precolombinos, y pudiera suceder que, al desmontar los bosques, al construír nuevas vías de ferrocarril, ó por otra circunstancia cualquiera, se descubran nuevos documentos arqueológicos que nos prueben la existencia de otros pueblos de civilización más avanzada.

Mientras se practican exploraciones sistemáticas, debemos dirigir la vista á las sepulturas antiguas, observarlas describirlas, conservar los objetos que ellas encierran, coleccionarlos y clasificarlos, para obtener, por medio de la comparación, el mayor número de luces que nos guíen al través

de ese intrincado laberinto conocido comunmente con el nombre de historia precolombina.



Cerámica.—Colección de la señora viuda de Troyo; piezas extraídas del cementerio indígena del Aguacaliente, inscritas y dibujadas en el libro de registro de antigüedades exhibidas por el Gobierno de Costa Rica en la Exposición Histórico-Americana de Madrid.–1892.

Creemos que la arqueología no podrá hacer divisiones muy marcadas y precisas, basándose en los objetos has-

ta ahora descubiertos, porque los pueblos vecinos se cambiaban sus productos y artefactos, y eran tantos y estaban tan en comunicación unos con otros, que los historiadores antiguos citan más de treinta nombres de pueblos diferentes, haciendo al propio tiempo referencia á sus relaciones de comercio. En algunos puntos, como en Turrialba, por ejemplo, se puede seguir todavía en largas distancias el camino amplio que aquel pueblo tenía para comunicarse con sus vecinos los de las llanuras bajas de la provincia de Suerre. Por otra parte, los nahuas, que trajeron muchas artes y costumbres de los aztecas, se hallaban esparcidos por uno y otro lado del país. Pero si la arqueología no puede marcar las diferencias que hay entre los residuos de dos pueblos inmediatos y congéneres, sí nos hace desde luego tres divisiones principales: la región del Noroeste, hacia el golfo de Nicoya, habitada antiguamente por los chorotegas ó mangues, que se extendían por aquella parte hasta internarse en Nicaragua; al Sur y al Oeste de la cordillera, donde están hoy Térraba y Boruca, vivían varios pueblos; mas las antigüedades que se conocen de aquella región, probablemente pertenecieron á los cotos ó bruncas; y, por último, la vertiente oriental del país, que forma un ángulo inmenso, cuyo vértice se halla en la altiplanicie central y con sus lados abarca toda la costa del Atlántico, comprendía una multitud de pueblos conocidos con el nombre genérico de güetares.

*
* *

Es muy fácil encontrar sepulturas antiguas en cualquier punto del territorio de Costa Rica, las cuales se manifiestan unas veces con cuadrados de piedras colocadas de punta; otras por montones de piedra, también de río, pero hacinadas con tal profusión, que llegan hasta formar verdaderos túmulos elípticos, que miden algunos metros en su diámetro mayor, aunque debemos confesar que jamás hemos visto durante nuestras visitas á diversos puntos ningún túmulo de piedras tan grande como los encontrados por el

Dr. Bovallius en la isla Zapatera del lago de Nicaragua; otras veces no hay rastro alguno que indique la presencia de las guacas; y ha habido muchos casos en que al abrir un agujero en el terreno, con cualquier motivo, se encuentren una figura de oro, ó al pasar el arado por un terreno para sembrar maíz, aparezcan águilas de oro, metates y otros objetos de valor, no solamente para la ciencia, sino también para los trabajadores mismos, que buen provecho saben sacar de esos hallazgos.

En la construcción interior de las sepulturas hay gran variedad; mas por regla general, los objetos arqueológicos, como idolillos de oro, figuras de piedra, armas, metates y piezas de cerámica, todo se encuentra siempre dentro de la sepultura. Apenas si aparecen restos humanos de vez en cuando, pero en tan mal estado de conservación, que al tratar de recogerlos se deshacen en la mayor parte de los casos. Los cráneos que se han podido salvar ponen bien de manifiesto la diferencia de las dos razas principales, chorotegas y güetares: la cabeza de los primeros era abultada por los lados, casi redonda, mientras que la de los segundos es ovalada y se parece más á la de los europeos.

En la provincia de Guanacaste, habitada antiguamente, como dijimos, por los chorotegas ó mangues, se hallan con profusión las sepulturas. En el Sardinal, cerca del viejo pueblo de Diriá, hay como doscientas sepulturas indígenas, indicadas por simples aglomeraciones de piedras, pues esa era la costumbre antiguamente establecida en aquella parte del país. Hacia la frontera de Nicaragua ví en las costas del Junquillal y Conventillos grandes montones de conchas que alcanzan de dos á tres metros de altura, pero al tratar de conocer su origen sólo encontré en toda su conformación hasta la base conchas, caracoles, pedazos de vasijas de barro, y de vez en cuando algún resto de metate, lo cual me convenció de que aquellos montones no son otra cosa que residuos de antiguas pesquerías ó de pequeños pueblos de pescadores que vivían en las bahías de Salinas y Elena, ambas preciosas y muy ricas en mariscos. Lo único que encontré en esta región que revista el carác-

ter especial de cementerio, es un espacio pequeño de terreno, llamado el "potrero de las guacas," en la hacienda de *Mogica*, que pertenece al Licenciado don Bernardo Soto: allí hay cuatro montículos al parecer artificiales por su forma y colocación geométrica; en la parte baja, en el centro de los montículos, hay una piedra de forma cilíndrica, como de dos metros de largo, que está clavada de punta, á manera de columna, y tiene grabadas alrededor calaveras y otros símbolos de la muerte. En toda esta provincia de Guanacaste cuesta mucho trabajo el abrir una sepultura antigua, pues á la dureza uniforme del terreno hay que agregar que los objetos arqueológicos están á dos y tres metros de profundidad, en el mayor desorden, sin que haya ningún indicio que lo dirija á uno con seguridad al lugar en que se halla cada pieza, lo cual origina la rotura de la mayor parte de ellas, porque siempre están mezcladas con la tierra, piedras y guijarros que los indios podían conseguir para llenar el hueco.

Las sepulturas de Boruca ya representan mayor trabajo, porque tienen paredes como las de los güetares. De estos últimos nos ocuparemos más extensamente, por ser los que construían verdaderas sepulturas, gastando muchas fuerzas y paciencia para acarrear el material que en tales construcciones habían de emplear.

Tres tipos principales de sepulturas se encuentran siempre en los cementerios de los indios güetares. La primera forma y más común consiste en un cajón de lajas sepultado á medio metro ó menos de la superficie del suelo; y algunas veces las lluvias han lavado tanto el terreno, que las lajas superiores, que constituyen la tapa de la guaca, se hallan al descubierto; en ese caso, cinco minutos después de encontrada ésta se puede observar su contenido. Debemos tener presente que todas las sepulturas de los güetares se hallan siempre colocadas de Oriente á Poniente, conservando la parte más ancha hacia el Oeste, por ser ese lado el que debe ocupar la cabeza del difunto; debe también tenerse en cuenta que el interior se halla invariablemente lleno de tierra. Las dimensiones de estos sepulcros varían; pero to-

mando uno del cementerio del Guayabo, por ejemplo, podemos concretar las medidas siguientes: longitud, un metro y noventa centímetros; ancho en la cabecera, un metro; ancho en los pies, ochenta centímetros; y profundidad ó altura del cajón, sesenta centímetros. En el ángulo derecho á la cabecera de esta sepultura encontramos una ollita de barro tapada herméticamente con un platito trípode invertido, esto es, con las patas hacia arriba; la ollita contenía carbones bien conservados, porque una vez gastado el oxígeno que naturalmente contenía la vasija, cesó la combustión, y ni la tierra ni la humedad pudieron penetrar dentro de la olla para destruir los últimos restos de aquel sahumerio con que los deudos del muerto acompañaron su cadáver hasta la otra vida.

En otros casos las lajas de color gris se hallan sustituídas por rocas calcáreas, ó bien la excavación en el terreno se profundiza hasta dos metros, y al encontrar un fondo calcáreo, como se observa en el cementerio de "Aguacaliente," se descubre el hueco ó nicho cavado en la roca misma y tapado con lajas por encima. Al abrir uno de estos sepulcros, que estaba á dos metros bajo la superficie del suelo, encontramos en él tres cadáveres: uno extendido longitudinalmente como en un ataud, con la cabeza al Poniente; otro con la cabeza hacia el Este; y los restos de un tercero, que probablemente fué el primero que ocupó la sepultura original y que por lo mismo se hallaban sus huesos hechos un montoncito en el centro de la sepultura; ésta era tan pequeña que no les dejó espacio alguno para depositar dentro de ella los haberes de los muertos, ni siquiera los objetos de menores dimensiones.

El cementerio llamado de Aguacaliente ocupa una gran extensión de terreno plano, al Sur y á corta distancia de la ciudad de Cartago. Hoy pertenece á la familia de Troyo y ha producido más de 5.000 muestras arqueológicas de oro, cobre, piedra y barro, llegando á tal grado la riqueza de sus guacas, que de una sola se han extraído, además de otros objetos, 18 joyas de oro, contándose entre ellas tres patenas grandes de las que los jefes indios usaban en el pe-

cho y en los brazos. Más de cien figuras de oro de las que posee nuestro Museo Nacional, proceden del cementerio de Aguacaliente.

***

El cementerio del Guayabo se encuentra situado en la falda oriental del volcán de Turrialba como á 1.000 metros de elevación sobre el nivel del mar y distante 10 kilómetros próximamente de la línea del ferrocarril y de las márgenes del río Reventazón. El espacio de terreno que ocupa es muy pequeño, pero las sepulturas están tan apiñadas que muchas veces una misma muralla separa dos nichos diferentes. Esto unido á que en la localidad se disfruta de una temperatura agradable de 22° centígrados, hace creer que aquél fué un centro de población importante, pues aunque el terreno es en lo general quebrado, hay excelentes aguas potables, la vegetación es de la más exuberante y variada que tiene Costa Rica y las montañas están pobladas de ciervos, dantas, jabalíes y otros mamíferos, así como de pavos, perdices y demás aves que suministraban á los indios carne abundante y sabrosa. La agricultura también debió de ser allí fuente inagotable de riqueza, dada la feracidad del suelo.

Los trabajos practicados por los indios en el cementerio del Guayabo son más extensos y formales que los encontrados en otros puntos del país; el sitio en que se hallan las sepulturas está todo dividido en varios círculos de diez ó doce metros de diámetro, formados con filas de piedras grandes, unas de río y otras de roca ó lava volcánica, que tan abundante es en aquellos alrededores. Entre unos y otros círculos hay caminos artísticamente trazados. En la parte central se encuentra una fuente emparedada por muros de piedra, con el objeto de que el agua se mantenga siempre cristalina; el desagüe de la fuente está construído á manera de atarjea, cubierta con lajas tan grandes y pesadas, que en la actualidad pasan por allí diariamente carros cargados y

jamás se ha alterado el orden en que los indios las dejaron colocadas.

En las cercanías del cementerio se encuentran rocas esculpidas, relieves de animales caprichosos, metates rudimentarios, piedras á medio cortar, etc., todo lo cual prueba que aquel fué un pueblo activo y trabajador. Más todavía, si se tiene en cuenta que no disponían en absoluto de instrumentos metálicos para trabajar esas piedras durísimas, de que formaban las mesas ornamentales que ahora hemos encontrado dentro de las sepulturas. Las lajas mismas con que construían los puentes y sepulturas tenían que llevarlas desde largas distancias, habiendo de por medio peñas al parecer inaccesibles.

Hacia la parte oriental del cementerio hay un montículo de quince metros de diámetro y tres de altura, hecho artificialmente con tierra y una espiral de piedras grandes alrededor, á fin de que tuviese mayor consistencia. En la parte superior de este montículo hay tres sepulturas espaciosas, construídas en forma de cajón, con lajas planas, tanto en las cabeceras y costados, como en el fondo y tapa. A nuestro juicio, éstas debieron de ser guacas ricas; pero cuando visitamos nosotros aquel cementerio, ya alguien se había ocupado de abrirlas. Al Sudeste del montículo, y á distancia apenas de diez metros, se encuentra una sepultura espaciosa de dos metros y setenta centímetros de largo, por un metro ochenta centímetros de ancho, y un metro noventa centímetros de profundidad. En ésta las paredes son de piedras sobrepuestas, á manera de pretil, sin mezcla alguna que las sajete, más que su estudiada colocación; el fondo está tapizado con lajas, y la tapa formada de grandes lajas, que descansan atravesadas sobre las paredes laterales. De esta snpultura sacó el señor Troyo la piedra llamada "de los sacrificios" y la mesa redonda ornamental de mayor tamaño que exhibió Costa Rica en Madrid.

A dos metros de distancia de esta sepultura encontramos otra semejante, que nadie había podido abrir porque sobre ella crecía un árbol corpulento. Desgraciadamente, las raíces habían destruído todas las vasijas de barro, y sólo

pudimos obtener de ella algunos cuchillos de pizarra cuarzosa, uno de serpentina, dos de pedernal, un ídolo de piedra volcánica, cuatro cabezas, una mesa ornamental de cincuenta y un centímetros de diámetro y un cascabel de oro. La mesa se hallaba sepultada en el fondo y hacia la cabecera de modo que, limpia en absoluto la sepultura, no se veía de la mesa más que la superficie superior; el resto del fondo estaba tapizado con lajas, y sobre ellas los objetos ya mencionados, con excepción del cascabel, que se hallaba debajo de las patas de la mesa, envuelto en una arcilla blanca. Por lo que respecta á las piezas de cerámica, su distribución varía en cada sepultura: en algunas hay dos ó tres ejemplares solamente, mientras que en otras se cuentan hasta dieciocho de esas vasijas de patas largas y cónicas, que tan comunes eran en Turrialba. La distribución de las joyas de oro también varía: unas veces se hallan en vasijas de barro á la cabecera, y otras mezcladas con la tierra donde debió quedar el pecho del cadáver.

Finalmente, hay sepulturas güetares, en la provincia de Suerre, que tienen un ídolo de piedra, grande y roto, formando muro en cada una de las esquinas interiores de la fosa.



del N
sus e
traers
do co
suced
Los o
guas p
mexic
taban
hay en
Nicara
Chiriq
M
cional,
del cer
á los i
del paí

1.

II

ORFEBRERÍA DE LOS INDIOS GÜETARES.

COSTA RICA, colocada al centro del continente americano, presenta para los arqueólogos el mismo gran interés que para los naturalistas; aquí la flora del Norte se confunde con la del Sur y las faunas mezclan sus especies infinitas, sin que el hombre haya podido sustraerse á esa evolución constante de la naturaleza, dejando como es natural, tintes confusos en sus artefactos como sucede en una paleta cuando se mezclan colores diversos. Los objetos sacados hasta ahora, de las sepulturas antiguas presentan rastros inequívocos de la civilización nahua mexicana, dándose la mano con la de las tribus que habitaban el Norte de Colombia. La misma semejanza que hay entre los artefactos indígenas de Nicoya, con los de Nicaragua, se nota entre los de los indios güetares y los de Chiriquí (1).

Más de cien de los objetos que posee el Museo Nacional, en su colección de joyas de oro, han sido sacados del cementerio de Aguacaliente, y pertenecen por lo tanto á los indios güetares, que habitaban en la meseta central del país, y muy especialmente la parte conocida en aquel

---

1. Véase el estudio de Mr. W. H. Holmes, titulado *Ancient art of the province of Chiriquí.*

tiempo, con el nombre de valle del Guarco. Durante los últimos dos años la señora viuda de Troyo ha obtenido, del mismo cementerio referido, unas veinticinco joyas de oro y cobre, y más de mil piezas de cerámica y piedra labrada. Pero su interés nos obliga á formar con esta nueva colección un capítulo aparte, el cual ocupará algunas páginas más adelante.

Los güetares eran indios bastante civilizados; pero en sus trabajos de orfebrería no pueden compararse con sus vecinos del Sur.

"Los aborígenes de Colombia, dice Ernesto Restrepo, ponían especial esmero en la variedad de joyas de oro con que se adornaban. Cascos y diademas relucían sobre sus cabezas; aros y pendientes adornaban el pabellón de la oreja ó colgaban de ella; narigueras de todos tamaños y de mil formas caprichosas atravesaban el cartílago de la naríz; gargantillas de cañutos de oro y dijes pequeños en que se esmeraban en copiar los insectos y otros productos de la naturaleza, grandes patenas, redondas fajas que, partiendo de los hombros, se cruzaban sobre el pecho; pulseras, brazaletes, ceñidores, amén de estrellitas, cascabeles y piezas lijeras con que recargaban sus maures, cuando no estaban éstos reemplazados por anchas fajas de oro flexible".

El tesoro de los quimbayas, descrito por Restrepo y el estudio del Dr. Zerda, titulado *El Dorado*, son ambos de gran interés para los arqueólogos que se ocupan de la América Tropical.

Nuestros indios no tenían vasos de oro, y si supieron soldar no lo verificaron con frecuencia, pues hasta ahora no hemos encontrado en ninguna de las figuras que tenemos á la vista, rastro alguno de hilera ó soldadura; en vano hemos tratado de examinar esos adornos preciosos, que en muchas figuras se presentan como hechos con alambre de oro soldado. En los pocos fragmentos que poseemos, de ejemplares rotos; la granulación del oro aparece uniforme y sin intermitencias.

El sistema seguido por los joyeros indios parece ser

igual en Colombia y Costa Rica (1). Un documento de 1610, publicado por don Manuel M. Peralta, apoya nuestras humildes opiniones en los términos síguientes:

"Estos indios sólo traen oro en las piezas que he dicho (águilas, lagartillos, sapos, arañas, medallas, patenas y otras hechuras, que de todos géneros labran, vaciando en sus moldes el oro derretido en crisoles de barro), algo bajo de quilates porque su poco artificio les obliga á echarle liga de cobre para poder fundirle, con que le hacen de menos ley. Pero en las patenas, como no hacen más que batirlas y extenderlas sin necesidad de liga, se muestra la fineza del oro que sube de veinte y dos quilates."

La liga del oro con el cobre, que con tanta frecuencia se nota en las joyas de los antiguos habitantes de la provincia de Cartago, no se debe á que el oro les fuese menos abundante que el cobre, pues ambos metales eran bien conocidos de los indios. Pero la mezcla se funde con mayor facilidad que cualquiera de estos metales aisladamente y este es motivo bastante para que mostrasen por la liga marcada predilección. Con todo, á pesar de que el cobre se funde á los 829° Reaumur y el oro á los 960°, ó sea: 1200° centígrados, continuamente se hallan en una misma necrópolis objetos de oro fino y de cobre puro, de tumbaya y de cobre dorado, sin que esto marque separaciones de pueblos, ni civilizaciones diferentes.

El cementerio del Guayabo, situado en la falda oriental del volcán de Turrialba, solamente cuatro piezas de oro ha producido en sus excavaciones. Pero en cambio el de Aguacaliente ha suministrado una colección abundante y variada que, como dijimos antes, pasa de ciento veinticinco ejemplares; una sola sepultura de los güetares tenía dieciocho idolillos, cascabeles y patenas de oro. El esqueleto se halló tendido longitudinalmente con el cráneo hacia el Oeste; la cabeza descansaba sobre la mayor de las pa-

---

1. Véase nuestro tomo I de los *Anales del Museo Nacional*. Año de 1887, y el Catálogo razonado de las Antigüedades exhibidas por Costa Rica en Madrid, 1892.

tenas y cubriendo las orejas tenía las otras dos; los quince idolillos y cascabeles restantes indicaban por su posición que formaron parte de un collar colocado sobre el pecho del cadáver. Así me lo dijo Lorenzo Macís, peón que abrió aquella guaca en vida del malogrado señor Troyo, agregando: "las tres hendiduras que tiene la patena marcada con el número 1 fueron hechas con la punta del cuchillo, porque al levantar los restos del cráneo creíamos que no habría nada más, y sondeamos el terreno para descubrir el fondo de lajas, que es constante en las guacas de estos indios"

Raro ha sido no hallar los crisoles de barro en que los indios fundían el oro para modelar sus ornamentos; mas no es extraño que los moldes mismos tampoco parezcan por que, una vez vaciado el oro, quedaba la figurilla dentro de aquella envoltura de arcilla cocida, que forzosamente tenían que romper para sacar la imagen deseada. Las patenas las hacían batiendo los granos de oro recogidos á las orillas de ciertos ríos, como el famoso de la Estrella, por ejemplo, y así se explica que algunas de esas patenas estén formadas con dos ó tres capas de oro superpuestas, pues una vez fundido el metal fácil les era extenderlo y fijar capa sobre capa para dar á la pieza mayor consistencia, sobre todo cuando habían de extenderla hasta alcanzar un diámetro de 155 milímetros, que corresponde á la patena de mayor tamaño que poseemos. (1)

La infancia relativa en que estaban estos pueblos los hacía copiar de la naturaleza aquellas formas que más llaman la atención, especialmente las aves de gran tamaño

---

1. Eran tan grandes á veces estas patenas, que el Capitán Gil González Dávila en carta dirigida á S. M. el Emperador Carlos V, Rey de España, refiriéndose al producto de su expedición á Nicaragua, con fecha 6 de Marzo de 1524, le decía: "de los cuatro mil castellanos y más que me pudiera caber, no quise tomar como Capitán sino una patena que pesó ciento é cuarenta é cuatro pesos de oro; testigos de esto son los oficiales de vuestra majestad que allá van. á los cuales en esto me remito" Según Wáshington Irving, esos 144 castellanos valdrían, dado el mérito exorbitante del oro en aquel tiempo como $ 766,80 en moneda española actual, y más que igual cantidad en oro de Costa Rica. Véase PERALTA, Costa Rica, Nicaragua y Panamá, página 24.

como el águila, la lechuza y alguna de las especies acuáticas de largo pico. A veces unían dos ejemplares por las alas, en raros casos tres, y conozco una pieza que tiene doña Dolores, viuda de Troyo, la cual pieza representa cinco aves con las alas abiertas y unidas por sus extremos; de ese ejemplar interesante hizo el señor Troyo un imperdible y lo regaló á su esposa, quien lo conserva y usa como un recuerdo del cariño conyugal.

Lástima grande es que la ambición humana por las monedas de oro haya fundido, tanto en Costa Rica como en otros países más adelantados, desde la época de la conquista hasta en los últimos años, las innumerables joyas de los indios americanos. (1)

El punto más obscuro con relación á la metalurgia güetar es el dorado, que se conserva todavía en algunos objetos de cobre; pero abrigamos la esperanza de que un examen detenido y minucioso nos resolverá la cuestión dentro de poco tiempo, dado el interés que los americanistas se han tomado por esta clase de investigaciones, ayudados con el esfuerzo de los gobiernos que, como el de don Rafael Iglesias, prestan su valioso apoyo para el adelanto de las ciencias en todos los ramos del saber humano.

La representación de animales fantásticos y caprichosos, en que se mezclan las formas de tipos diversos, se observa así en los talismanes como en los cascabeles, con tánta gracia y atractivo que á más de un comerciante acaudalado se le ve llevar uno de esos objetos pequeños, como alfiler de corbata ó dije de leontina.

Durante la pasada Exposición Universal de Chicago noté que en un campamento de indios de la isla Vancou-

---

1. "En 1889 dió á conocer en Europa el señor Lüders la gran cantidad de ornamentos de oro encontrados en Chiriquí el año de 1859; pero solamente 46 grabados en plomo se publicaron, y la colección, cuyo importe ascendía á un millón de pesos, fué inmediatamente fundida para convertirla en moneda. Los mencionados grabados, sin embargo, suministran importante material para contribuir eficazmente al conocimiento del grado de adelanto que había alcanzado la metalurgia entre los indígenas centroamericanos" Dr. MAX UHLE: *El Globus*, Tomo LX. Año de 1891.

ver uno de los naturales se ocupaba en pintar sobre conchas marítimas diversas figuras de animales, que él vendía á diez centavos por pieza. Le dije que me pintara un águila, é inmediatamente dejó satisfechos mis deseos, mediante el importe de los diez centavos: la concha mide 65 milímetros en su diámetro mayor y la figura está pintada con rayas azules y puntos rojos. Pero hay tanta semejanza entre esta pintura y algunas de las águilas de oro extraídas de las sepulturas antiguas de Cartago y Chiriquí, que cualquiera las supone fabricadas por el mismo artista. Tanto en la pintura como en las águilas de oro, el pico está entreabierto y es desproporcionalmente largo y fuerte; los ojos están formados por círculos concéntricos; en las águilas de oro la pupila está representada por una bolita, en el dibujo por una mancha circular de pintura azul; los cuernos no faltan ni en una ni en otras, y las alas siempre abiertas, tienen rayas y puntos en sustitución de las plumas.



El cobre aparece muy á menudo en forma de dijes y otras joyas, dentro de las sepulturas antiguas. Estas piezas están algunas veces doradas, como la marcada con el número 43 del Museo Nacional, pero las hay también de cobre puro, más ó menos oxidado y carcomido por la humedad del terreno.



23

Figura humana de varón, sentada al parecer sobre una horqueta. Cobre oxidado "Colección Arellano" Faldas del Irazú.

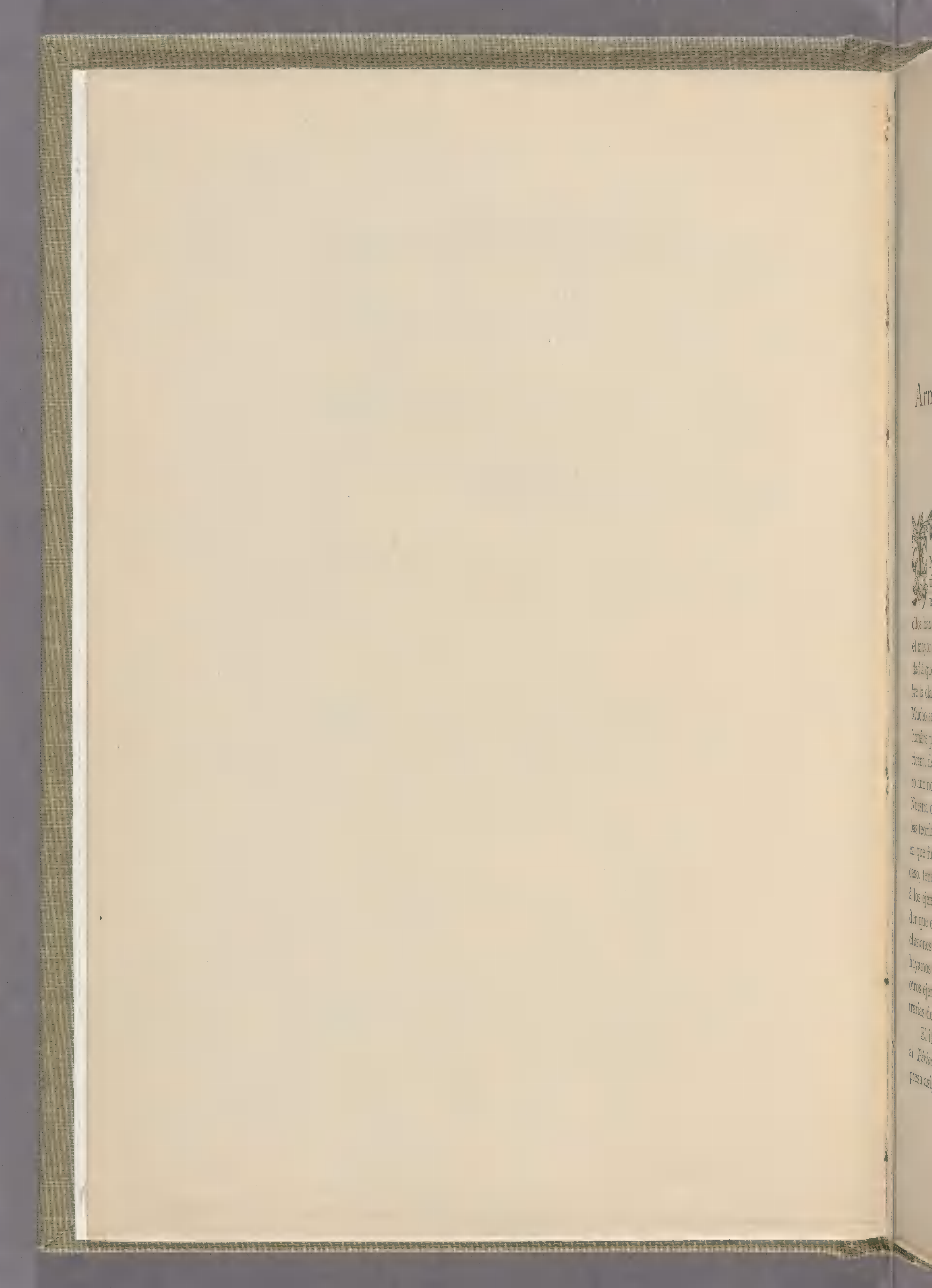


24

Cascabel pequeño, también de cobre oxidado; de forma esférica y provisto, al estilo de los cascabeles de oro, de una argollita en la parte superior para mantenerlo colgado. "Colección Arellano" Faldas del Irazú.

La carencia absoluta de objetos de bronce, como instrumentos de agricultura y armas de guerra, nos hace creer que nuestros indios no conocían el estaño, diferenciándose así notablemente de los naturales del Perú que poseían utensilios de cobre y de bronce, los cuales aplicaban de preferencia á sus trabajos rurales. Apesar de que los antiguos indios de Costa Rica no conocieran ó usaran el estaño la opinión más aceptable es que su civilización correspondía á la de la edad de bronce del viejo continente, pero, siempre mostrando dentro de las mismas sepulturas una mezcla constante de la piedra toscamente tallada, las armas de piedra pulimentada, la cerámica y metalurgia en su mayor grado de perfeccionamiento indígena.





III

Armas y ornamentos de piedra.

ENTRE los objetos indígenas extraídos de las antiguas sepulturas figuran en primer término las armas de piedra y los ornamentos de jade, porque ellos han suscitado entre los arqueólogos contemporáneos el mayor número de controversias, ora sobre la antigüedad á que la fabricación de cada uno se remonta, ora sobre la clase y procedencia de los materiales empleados.— Mucho se ha escrito acerca de la posible existencia del hombre paleolítico y de la importación al continente americano, de la piedra verde tan estimada por los indios, pero aun no se ha llegado á una conclusión definitiva.— Nuestra opinión humilde, ha sido siempre contraria á ambas teorías y vamos á exponer en este artículo las razones en que fundamos nuestro modo de pensar. Debe, en todo caso, tenerse en cuenta que nos referimos exclusivamente á los ejemplares recogidos en Costa Rica y pudiera suceder que en otro de los países americanos se obtengan conclusiones diferentes, y más todavía, que nosotros mismos hayamos de modificar nuestras opiniones con el examen de otros ejemplares nuevos ó convencidos por razones contrarias de mayor peso.

El ilustrado Doctor don Tomás Wilson, refiriéndose al *Période Paléolithique dans l'Amérique du Nord*, se expresa así, en la página 25: *Toutes disaient qu'on avait*

pu trouver ces instruments mêlés avec d' autres, à la surface; mais dans les tumulus ou tombeaux indiens, jamais. En Costa Rica, esos instrumentos de piedra que parecen pertenecer al hombre paleolítico por su forma y rudeza de fabricación se hallan siempre dentro de las sepulturas mezclados con las armas de piedra pulida, la cerámica de colores diversos y las joyas de oro fundido. No parece sino que la dureza de la piedra que empleaban á veces en la fabricación de esos instrumentos no les permitiese el pulimento y por eso los usaron simplemente forjados; algunas personas hay que consideran esos objetos apenas medio elaborados ó en vía de construcción. Pero no es nuestro propósito enumerar los diversos pareceres emitidos á este respecto, sino citar el hecho de que esos objetos que parecen paleolíticos, se han hallado dentro de las sepulturas, acompañados á veces hasta de restos humanos que indican muy poca antigüedad.

Cansado sería enumerar todos los ejemplares que posee nuestro Museo Nacional, cuya antigüedad parece remontarse hasta los tiempos del hombre paleolítico; mas debemos citar algunos de estos especímenes y para ello hemos escogido seis tipos diferentes en la forma, tamaño, dureza y procedencia, á saber:

3447. Pedazo de pedernal, de 33 milímetros de largo; procede de la colección hecha por el señor Matarrita en Nicoya. No se puede determinar justamente su aplicación probable y su forma es semejante á la de un fragmento de las navajas de obsidiana. En Turrialba tuvimos oportunidad de recoger gran cantidad de pedazos de pedernal que estaban dentro de las sepulturas antiguas de los indios.

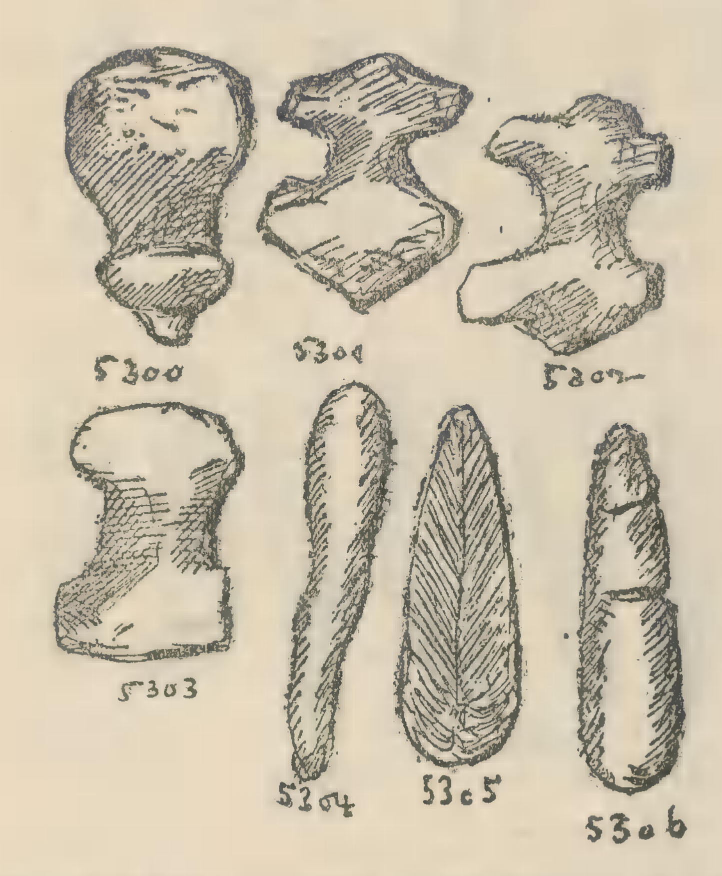
4004. Parece la punta de un cincel; es de silicato hidratado y mide 57 milímetros de largo, su color es blanco de ópalo. Fué colectado este ejemplar por don Juan J. Cooper en Navarrito, Cartago.

2964. Punta de flecha de pedernal: mide 7 centímetros de largo —Aguacaliente—Legado Troyo. El color de esta pieza es blanco cristalino; pero las hay también de color amarillento y aún rojizo.

6454. Cincel de anfibol negro (silicato de fractura concóidea); mide 16 centímetros de longitud. Colectado en el cementerio del Guayabo, en Turrialba por A. Alfaro. Diciembre de 1891.

3586. Hacha fabricada de un material semejante al del cincel anterior, pero su color es de pizarra. Este ejemplar mide 17 centímetros de longitud y fué colectado en Nicoya por don Juan J. Matarrita. En su forma se parece mucho á los ejemplares marcados con los números 5301 y 5302 de la *Colección Thiel*, cuyos grabados se insertan adelante.

3016. Hacha grande de 28 centímetros de longitud; fabricada de asperón y en tal forma que permite sujetarla con la mano por el centro sin que necesite de mango ó empuñadura especial—Aguacaliente—*Legado Troyo*.



Hachas, Cuchillos y mazo de piedra, hallados en San Pedro de Alajuela, Nicoya, Los Quemados é Isla dc Chira. El tamaño y peso de estas piezas indican que su empleo fué útil como instrumen tos de agricultura y armas de guerra. *Colección Thiel.*

Aquellas piezas fueron simplemente talladas por los indios, como dijimos antes, y las hemos colocado en escala de perfección ascendente con el objeto de enlazarlas con las piedras pulidas, por ejemplo, con el hacha número 3323, que mide 15 centímetros de longitud y que fué recogida en Nicoya por Matarrita; está hecha de silex impuro y se parece mucho al ejemplar marcado con el número 5300 de la *Colección Thiel.*

Si exceptuamos los ejemplares marcados con los números 5301 y 5302, que son simplemente tallados, el resto de los especímenes que comprenden estas dos planchas de grabados, están en su mayor parte pulidos.



Cuchillos de piedra procedentes de Nicoya, El Sardinal, Santa Cruz y Liberia en la provincia de Guanacaste. Son en su mayoría de jade ó piedra verde. *Colección Thiel.*

La *Colección Velazco* recientemente comprada por el Supremo Gobierno para nuestro Museo Nacional ha venido á enriquecer las series de armas y ornamentos de piedra con más de dos mil ejemplares, que si bien no cambian el carácter especial de las piezas que poseíamos, sí presentan muchas adiciones nuevas y ponen de manifiesto ciertos hechos que hasta ahora no se habían dado á conocer. Al tratar por separado de esta valiosa colección, especificaremos detenidamente todas aquellas piezas que nos parezcan de mayor mérito en el estudio de la arqueología nacional.

*
* *

Tenemos á la vista una gran cantidad de objetos de jade, de esa piedra verde tan estimada por los antiguos pobladores del Continente Americano y cuyo origen se atribuye al Asia Oriental; mas como dijimos antes, nuestra opinión humilde es contraria á esa teoría: el hecho de que hasta ahora no se haya encontrado la jadeita en la conformación geológica de este Continente, no es razón bastante para negar en absoluto su existencia en nuestro territorio. Si los indios hubiesen traído en remotos tiempos ese material para elaborarlo en América, la piedra verde se habría distribuído casi con uniformidad en nuestras vertientes del Atlántico y del Pacífico, pero no sucede así: en la península de Nicoya todas las sepulturas poseen objetos de jade, mientras que en el Aguacaliente y en Turrialba esos objetos escasean de tal modo, que en el cementerio del Guayabo sólo encontramos el fragmento de un cañuto, después de descubrir algunos centenares de sepulturas antiguas cuyo contenido se conserva actualmente en el Museo Nacional. Las colecciones hechas en Nicoya abundan todas en piedras verdes, sobre todo la colección hecha recientemente por el Presbítero Velazco en aquella localidad.

Considerando este asunto desde otro punto de vista, al describir la interesante colección de antigüedades costarriqueñas que posee el Museo de Bremen, debido al esfuerzo del señor ex-cónsul alemán don J. Federico Lahmann, el

reconocido arqueólogo señor Strebel, refuerza nuestro modo de pensar en los términos siguientes: (1)

"Todos esos objetos revelan un carácter especialmente americano y difieren de los productos de otras naciones como las asiáticas; hay tal continuidad en esos objetos, que se puede seguir hasta los tiempos históricos; debemos, por lo tanto, deducir que en la misma época existía en América el material de que los fabricaron, pues si lo hubiesen importado de lejanas tierras, como del Asia, existirían documentos de aquel tiempo que lo probaran. Se podría contestar que ese material era importado en tiempos prehistóricos; mas para aceptar esto debemos suponer que el material estuvo depositado en América durante largo tiempo ó que los objetos mismos fueron fabricados desde aquella época. La primera suposición es poco probable y para aceptar la segunda sería necesario que los objetos de nephrita difirieran en el estilo de los demás que los acompañan en las guacas, lo cual no es cierto. Todas estas razones me inducen á suponer que el material de los objetos de nephrita no procede del Asia."

Es indudable que las piezas de jade fueron elaboradas en América, pues además de su carácter esencialmente americano, como dice el señor Strebel, se han descubierto pedazos grandes de piedra bruta de donde se ve que han sacado algunos de esos cuchillos. Tenemos, en efecto, el pedazo de jade marcado con el número 9,095 que tiene una hendidura longitudinal hecha, al parecer, con un hilo y arena húmeda: la longitud, ancho y grueso del fragmento que trataban de cortar dan el tamaño ordinario de los cuchillos mejor elaborados; también la pieza número 9,096 manifiesta por cinco ó seis cortes del mismo estilo, que de ella sacaron los indios otros tantos cuchillos ó cinceles; ambas piedras se hallan aún en bruto y el hecho de haberse encontrado dentro de las sepulturas nos indica que era material listo para ser elaborado.

1.—Bericht über die Sammlung Alterthümer aus Costarica in Bremer Museum. Von Hermann Strebel in Hamburg.—Hierzu Tafel I—IV.

Hay, sin embargo, un hecho que nos prueba que la adquisición de la piedra verde era sumamente difícil para los indios y es: que á menudo observamos esas piedras de valor precioso partidas en dos y aun en cuatro pedazos y no por la fractura brusca que pudiera ocasionarles el combate entre sus poseedores, sino por un corte longitudinal ó transversal, pero en ambos casos hecho con cuidado y asiduidad de labor, originada probablemente por el repartimiento del trofeo de guerra entre varios jefes vencedores. Los ejemplares 7,744 y 7,750 representan cada uno un cuarto de una pieza grande y bien labrada, en forma de cuchillo, con una cara de relieve en su fase anterior: esta pieza fué cortada longitudinalmente, dividiendo en dos partes la nariz y la boca, hacia los dos tercios de su longitud la cortaron transversalmente, de modo que el primer fragmento conserva: media cabeza, un ojo y la mitad de la nariz y la boca; el segundo fragmento (número 7,750) tiene algunas talladuras y un agujero, lo mismo que el primero, para usarlo colgado. Tanto estas piezas como los pedazos de jade en bruto proceden de Nicoya y han sido adquiridos recientemente por el Museo Nacional.

Absolutamente todas las piezas de piedra verde se hallan dentro de las sepulturas colocadas con cierto cuidado especial y cuando ellas formaron cuentas de un collar ocupan la posición correspondiente donde debió quedar el cadáver del indio que las poseía. Sin exceptuar ninguno de los objetos de jade, todos tienen un agujero por donde pasaba el cordón que había de mantenerlos colgando. En los cuchillos mismos no se halla rastro alguno de empuñadura especial que los hiciese útiles para la agricultura ó los combates; apenas si parece que se aplicaban ó servían de ellos los indios en las ceremonias religiosas y el resto del tiempo se hacía ostentación de ellos en el pecho ó en los brazos á manera de amuletos.

La piedra verde se empleaba para hacer cuentas de collares, cañutos labrados, cuchillos, bolas (con un agujero y dos taladros auxiliares á manera de empuñadura de bastón) orejeras, que reemplazaban á los pendientes actuales,

bezotes, etc. Entre los componentes de los brazaletes y collares se hallan cabezas y picos de pájaro, perritos, formas completas de la lechuza, de peces y otros animales cuyos parecidos apenas se pueden imaginar.

Hay entre las representaciones de las aves, la de un lorito (número 9,077) que es una verdadera joya de la escultura indígena, por el refinamiento del trabajo en cada uno de sus detalles.

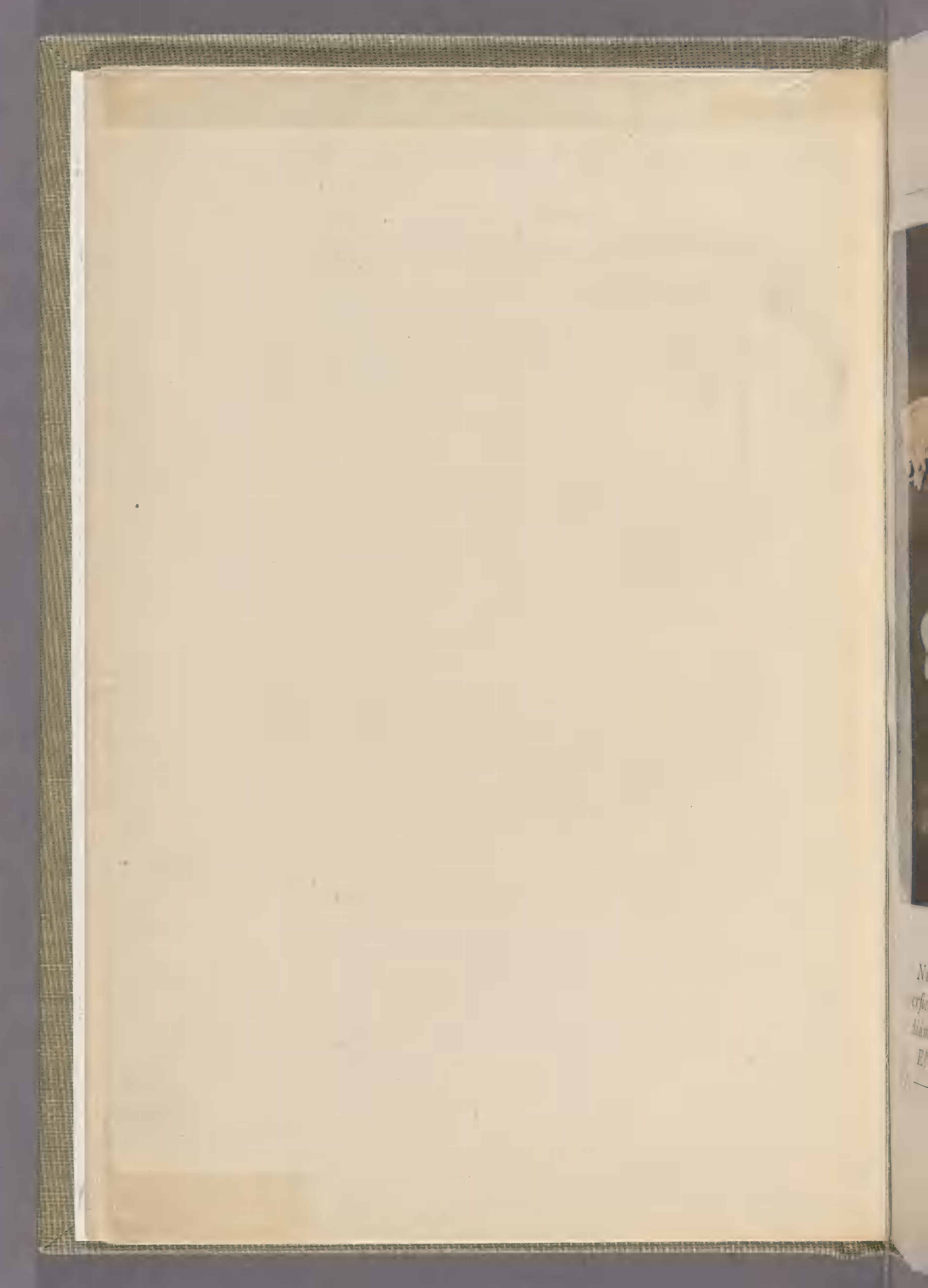
* * *

La obsidiana era empleada á menudo en Costa Rica para sacar de ella las pequeñas navajas que usaban para hacerse incisiones en la lengua ú otras partes delicadas del cuerpo, siempre que era necesario sellar con sangre los tratados de alianza ofensiva y defensiva entre dos ó varios caciques. Con el número 9,085 tenemos inscrito el mayor núcleo ó pedazo de obsidiana de donde se sacaron bastantes navajas; hay otros varios pedazos y muchas navajas que sería prolijo enumerar. La forma de estos núcleos es siempre cónica y se cree que las navajas las sacaban con un cuerno de venado aplicado de punta sobre la parte superior del cono, golpeando después el cuerno fuertemente con una piedra ó mazo á manera de cincel. Las navajas de obsidiana no tienen pulimento alguno, diferenciándose en esto nuestros antiguos indios de los mexicanos que poseían preciosas planchas de obsidiana pulida, las cuales usaban como espejos.

En la colección de don Juan J. Matarrita hay algunas piedras de mollejón usadas para afilar; mas nos extraña que otras colecciones tan numerosas como las de Troyo y Velazco carezcan de muestras semejantes.

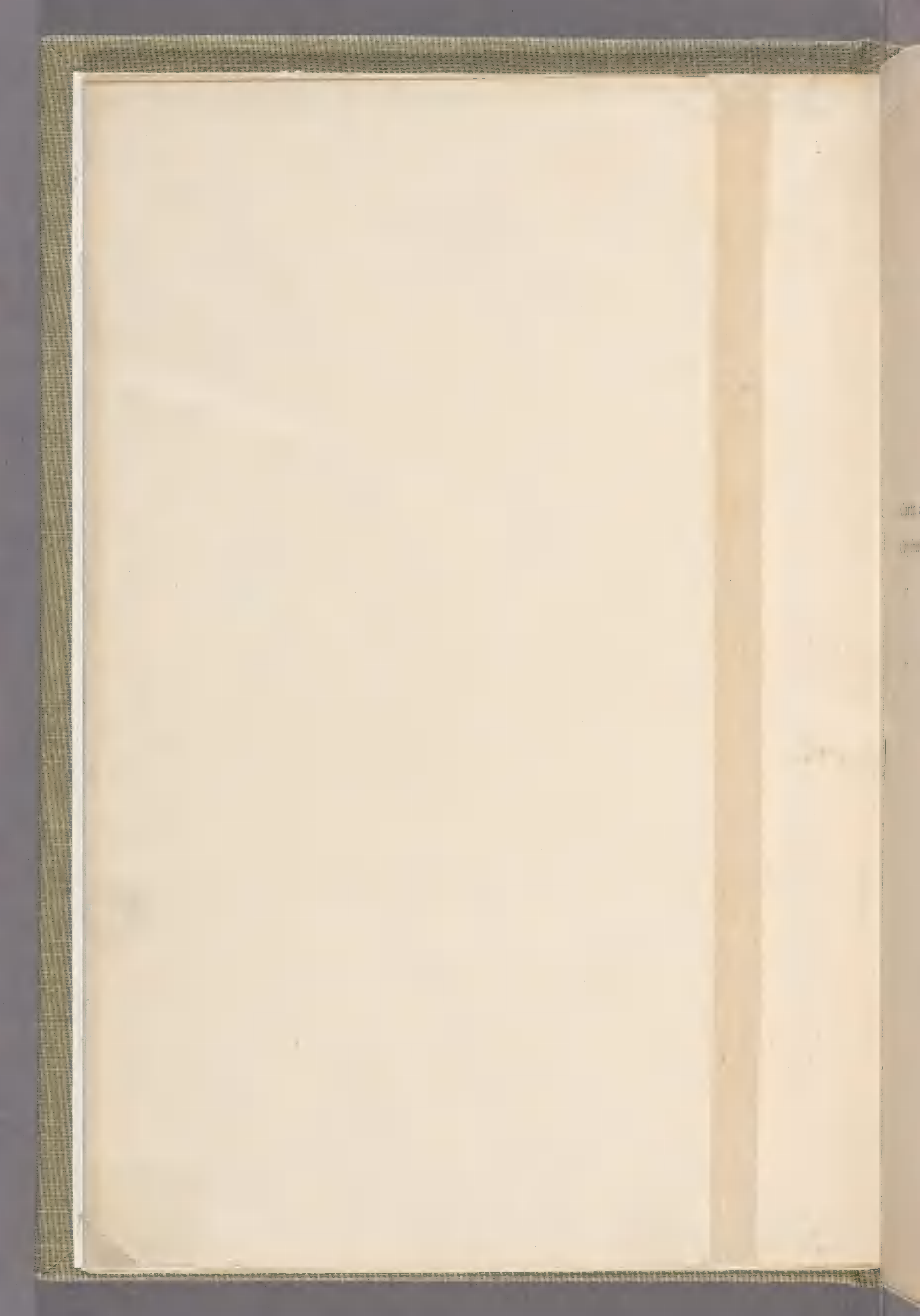
Nada hay tan notable entre las armas de guerra como los mazos provistos de un agujero grande en el centro para articular de una manera fuerte el mango ó empuñadura que los convertía en armas contundentes de terrible efecto. Estas mazas son á veces simplemente redondas, á veces tienen protuberancias al rededor del cuerpo cilíndrico; otras

tienen relieves en que se representan cabezas de lagarto, de serpiente, de águila, de cuervo, de cocodrilo; otras figuran una calavera, una cabeza humana, etc. Pero siempre son de piedra dura y sumamente pesada, cuyos colores varían desde el blanco mate del mármol hasta un intenso gris. El peso de estas piezas es de un kilógramo por término medio.





Núm. 108.—Mesa ornamental de piedra. La superficie superior es circular y un tanto cóncava, su diámetro mide 75 centímetros. La altura es de 40. El Guayabo, Turrialba. "Legado Troyo".



ÍNDICE

De la Primera entrega